

que para subir al cielo es necesario trepar, que los mandamientos de la ley de Dios son dificultosos, etc. Todas esas proposiciones solo sirven para turbar y para intimidar al hombre carnal, que no comprende los maravillosos secretos de la vida espiritual; ni la fuerza, virtud y poder de la divina gracia. Si tú no sabes la dulzura de esa vida; si no entiendes la facilidad que acompaña á la observancia de la ley de Dios, reconoce que es por tu indisposicion y por tu culpa; y no dando oídos mas que á tu fe y á tu corazon, habla de la virtud como hablan los que han gustado los frutos de esta tierra de promision. Dí, que es una region donde reina eterna calma; que en ella siempre se descubre el cielo sereno; que es una tierra por donde corre un rio de leche y miel; cuyos habitadores gozan de una alegría pura, de una paz inalterable, y solamente los extranjeros no entienden su lenguaje. Sus términos parecen ásperos; pero es muy dulce su significado. Esta, en fin, bien persuadido y enteramente convencido de esta verdad, que es de fe, y por consiguiente inalterable: *El yugodel Señor es suave, y su carga ligera.*

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES ARECIO Y DACIANO, en Roma.

SAN QUIRINO, obispo, en Siscia de la Esclavonia; el cual en tiempo del prefecto Galerio, por defender la fe de Jesucristo, como escribe Prudencio, fué arrojado en un rio con una rueda de molino atada al cuello; mas sobrenadando la piedra estuvo el Santo largo tiempo exhortando á los cristianos que lo miraban á que no se atemorizasen por su muerte, sino que se mantuviesen constantes en la fe; hasta que deseoso de la gloria del martirio hizo oracion y consiguió hundirse con la piedra en el agua.

SAN CLATEO, obispo y mártir, en Brescia, en tiempo del emperador Neron.

LOS SANTOS MÁRTIRES RUTILIO Y SUS COMPANEROS, en Ungría.

SANTA SATURNINA, virgen y mártir, en Arras. (Era germana de nacion y de ilustre cuna. Dedicada á la virtud desde la niñez, hizo voto de perpetua castidad y huyó al monte para huir de las exigencias de sus padres que trataban de casarla. En la soledad se le presentó el joven que la habia solicitado, y como la Santa se resistiese á satisfacer sus brutales apetitos, el furioso le cortó de un golpe la cabeza, muriendo así mártir de su integridad. En opinion de los Bolandistas y otros autores es algo dudoso lo que se refiere de que la gloriosa virgen tomando su propia cabeza con las manos, la presentó por si misma en la cercana iglesia de S. Remigio de la ciudad de Arras.)

SAN QUIRINO, mártir, en Tivoli.
 SAN METROPHANES, obispo, en Constantinopla; ilustre confesor.
 SAN OPTATO, obispo, en Milevo en la Numidia; esclarecido en santidad y doctrina.
 SAN ALEJANDRO, obispo, en Verona.

EL BEATO FRANCISCO CARACCILO, CONFESOR.



S. FRANCISCO CARACCILO
 FUNDADOR.



DE la ilustre familia de los Caracciolos, distinguidísima en la Italia, enlazada con las principales casas de aquella region, y con las del reino de España, procedió D. Francisco Caracciolo, quien contrajo matrimonio con D.^a Isabel Baratuchi, señora en nada inferior á sus circunstancias: retirados ambos de la ciudad de Nápoles á la provincia del Bruzo, donde poseian gran parte de sus estados, tuvieron la dichosa sucesion de cinco hijos, que consagraron al servicio del Señor, escepto el primogénito que llevó la casa. Nuestro Beato fué el segundo que dió á luz Isabel en el dia 13 de octubre del año 1563, en el pueblo llamado Santa María, no sin disposicion superior, para que se entendiese que nacia el niño bajo la proteccion de la Santísima Virgen, de quien seria su fidelísimo hijo, y el propagador mas zeloso de sus glorias, como lo acreditó en su vida. Igualmente se manifestó en el tiempo misteriosa la divina Providencia, disponiendo naciese en el mismo año que se concluyó el santo Concilio Tridentino; á fin de manifestar al mundo un héroe admirable, que seria en lo futuro el modelo de la disciplina eclesiástica, y una viva pauta en el cumplimiento de las reglas sabias establecidas en aquella celebérrima asamblea.

Criaronle sus padres con el mayor desvelo en el temor santo de Dios; pero su bello natural é inclinacion á la virtud facilitaron mas que todo el deseado efecto de su buena educacion; habíale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los nobles designios á que le destinaba su sabia providencia. Por su gracia y hermosura robaba en su niñez las atenciones de todos, imprimiéndose en su alma, como blanda cera, las saludables instrucciones y consejos de sus padres. Distraido enteramente de los pueriles entretenimientos, reducía en los tiernos años sus diversiones á los ejercicios mas devotos, admirándose en él, aun en edad poco sensible de las miserias ajenas, una caridad asombrosa en favor de los pobres, en quienes invertía hasta su propio sustento.

Aplicáronle sus padres á los seis años de edad á que estudiase latinidad; y como se hallaba dotado de un ingenio escelente, lo-

gro tener á los nueve de esta y de la retórica un perfecto conocimiento; de que resultó ser su conversacion muy sazónada y elocuente en los progresos que hizo despues en las letras. Dedicado en su juventud al manejo de las armas, siendo su cuidado principal el cultivo de la virtud, y modo de edificar con el ejemplo de su vida, no se distrajo de este objeto, ni se entregó á la licenciosidad, que por lo comun causa tantos males á los jóvenes, que se dedican á esta profesion.

Visitóle el Señor á los veinte años con una enfermedad tan maligna, que en breve tiempo se cubrió de lepra. Desahuciado por los médicos, y desamparado de sus amigos, que huyeron de él temerosos del contagio; leyendo en este aviso el desprecio del mundo, convertido al Señor, le prometió abrazar el estado religioso, para dedicarse enteramente en su santo servicio, cuando fuese de su agrado darle vida, como se verificó milagrosamente.

Aunque jamás olvidaba Francisco el cumplimiento de su voto, con todo esperaba ocasion oportuna para ponerle en ejecucion; venciendo en el interin las sugerencias fortísimas con que el enemigo de la salvacion intentaba separarle de su propósito. Pasó á Nápoles con motivo de visitar á sus parientes; é instándole un dia un amigo á que saliesen á pasear, habiéndose escusado por cierta oculta providencia, supo despues que le cosieron á puñaladas; reflexionando sobre el hecho, y estimulándole el desgraciado suceso como aviso del Señor, para no dilatar mas tiempo su promesa, principió á disponerse con rígidos ayunos y asombrosas penitencias; eligió un sumo retiro, y negándose hasta á las visitas de urbanidad, solo salia de su casa para el templo, donde con fervorosas oraciones y súplicas reverentes pedía al Señor se dignase manifestarle la religion que debia abrazar.

Vivia en Nápoles por aquel tiempo Juan Agustin Adorno, natural de Génova, llamado por Dios para que fundase una nueva religion en su iglesia, segun le profetizó S. Luis Beltran en los claustros del convento de Santo Domingo de Valencia en cierta ocasion que pasó á España; y aunque por entonces no hizo mucho aprecio del vaticinio, habiéndolo comunicado, despues que volvió á su patria, con su director el P. Basilio Pimateli, le alentó este gran padre al cumplimiento del aviso profético, llevándole consigo á Nápoles, para que fuera de su país pudiera ejecutarlo con menos obstáculos.

Ordenóse Adorno de sacerdote, y se incorporó en la hermandad de los Blancos, ó de nuestra Señora del Socorro, sita en Nápoles; conforme lo habia hecho nuestro Francisco para ejercer

los officios de caridad con los enfermos, encarcelados y ajusticiados, cuyo objeto era el designio de aquel respetable cuerpo. Tenia Adorno en la ciudad un intimo amigo de la misma congregacion, llamado D. Fabricio Caracciolo, abad de Santa Maria la Mayor, sugeto de mucho mérito, en quien puso los ojos para que le ayudase al cumplimiento de sus ideas. Escribióle un papel en que le daba cuenta del vaticinio dicho, y de su intento, rogándole se dignase contribuir con su autoridad á su laudable empresa. Llevó el conductor por equivocacion el escrito á nuestro Beato, en tiempo que se hallaba en oracion, pidiendo al Señor que le manifestase la religion en que era de su agrado le sirviese; leyóle con atencion, y aunque le envió á Fabricio, conocida la equivocacion; con todo, reflexionando que no hay acasos en la divina Providencia, teniendo por indicio de la voluntad de Dios aquel aviso, buscó á Adorno, y refiriéndole lo ocurrido, se ofreció gustoso á contribuir al establecimiento de la nueva religion.

Reunidos los tres dichos con los vínculos de la caridad mas pura, determinaron formar las reglas de los Clérigos Menores, conforme á la ilustracion que habia recibido del cielo Adorno, quien aunque elegido en primer lugar para el designio, no por esto escluyó la divina Providencia á Caracciolo de la cualidad de fundador; pues además de su intervencion en el establecimiento, despues de la muerte de aquél, que ocurrió á los dos años de dar principio á la fundacion, cargó sobre el siervo de Dios la prosecucion del instituto, debiéndose á su infatigable zelo su propagacion y aumento.

Pasaron á Roma Adorno y Caracciolo, animados de un mismo espíritu, á obtener del papa Sixto V la aprobacion de la nueva religion; y conseguida en efecto, vueltos á Nápoles, hicieron su profesion en manos del vicario general, por ausencia del arzobispo, en el oratorio de la Virgen del Socorro en el dia 9 de abril de 1589, en cuyo acto se mudó Caracciolo su primer nombre de Ascanio en el de Francisco, por la grande devocion que profesaba al seráfico patriarca, á quien deseaba imitar con su vida.

Despues que allanaron las muchas dificultades que ocurrieron en Nápoles sobre su fundacion en Santa Maria la Mayor, unidos con superior asistencia, deliberaron ambos pasar á España, á fin de plantar en ella el nuevo instituto; pero por entonces no pudieron conseguirlo, á causa del decreto que acababa de expedirse sobre que en el reino no se admitiesen nuevas religiones. Vueltos á Italia, pasó Adorno á Roma en solicitud de la confirmacion

de sus breves por la santidad de Gregorio XIV, y conseguida, partió á Nápoles, donde de una enfermedad gravísima murió en el Señor; cargando todo el peso y gobierno del instituto sobre Caracciolo, á quien en el primer capítulo que celebró la religión en el año 1593, eligieron por general á pesar de su humilde resistencia, no obstante que solo contaba treinta años de edad, persuadidos todos que solo su infatigable zelo, consumada prudencia y eminente virtud podrian perfeccionar lo comenzado.

Gozó poco tiempo Nápoles de su amable presencia, porque ardiendo en su corazon los mas vivos deseos de establecer su religión en España, volvió segunda vez á ella, puesta en el Señor toda su confianza. Desde el principio de su marcha esperiméntó visiblemente la divina asistencia, pues pasando á la sazón don Juan Bautista de Aponte desde aquella capital á la corte de Madrid con el empleo de presidente del supremo consejo de las Indias, costó el viaje al siervo de Dios y á sus compañeros; aunque no pudo conseguir se quedase en su casa, por haber elegido para hospedarse el hospital de los italianos, con el objeto de asistir á los pobres enfermos; en cuyo oficio, y otros no menos piadosos, brilló el heroismo de su caridad con admiración de todos.

La mayor oposicion que tuvo Caracciolo para poner en ejecución su proyecto fué la del consejo, en fuerza del decreto referido, en vista de lo cual pasó al Escorial, donde se hallaba la majestad de Felipe II, de quien no pudo lograr favorable despacho. Padeció Francisco ínterin que continuaba con sus reverentes súplicas muchas necesidades, hasta que en cierto día que se hallaba casi desfallecido, llegándose á él un caballero á pretesto de informarle de su pretension, contándole sus miserias, le socorrió liberalmente, alentó su confianza, y le aseguró que siempre seria despachado con toda felicidad.

Gravóse el rey con los dolores de la gota, que padecía, y escrupulizando sobre la repulsa que dió á Caracciolo, le mandó llamar al instante, para que le instruyese de su solicitud; hizo efecto, y en el ínterin que informó á S. M. le cesaron los dolores enteramente con admiración del soberano, quien agradecido del beneficio le envió al arzobispo de Toledo, con orden de que contribuyese al establecimiento del nuevo instituto inmediatamente. Con el auxilio de este prelado dió principio Caracciolo á su laudable intento en una casa estrecha, que le cedió cierto caballero, disponiendo en ella en el modo posible las oficinas indispensables para una comunidad; ejercitose en las

funciones del confesonario y púlpito con tanto zelo, y notorio aprovechamiento de las almas, que mereció el renombre de predicador del amor de Dios, conciliándose por esto y su virtud eminente la veneracion de toda la corte.

Sentia el enemigo comun los frutos que ofrecia el nuevo establecimiento, y para impedirlos empleó todos los esfuerzos de su refinada malicia. Tomó por instrumento al mismo caballero que cedió la habitacion á Caracciolo, quien no satisfecho con tener llave secreta para entrar en la casa cuando le pareciese, quiso internarse en lo interior del gobierno de la comunidad; pero resistiéndolo Francisco, tomando el pretesto de que no le dieron cuenta del ingreso de cierta limosna, principió á divulgar tales maliciosos y falsos supuestos contra el fundador y sus individuos, que informado siniestramente el consejo dió orden para que se cerrase la iglesia, y que saliesen los religiosos de la corte en el preciso término de seis dias. Recibió Caracciolo con su acostumbrado sufrimiento tan terrible persecucion, y confiando como siempre en la proteccion de Dios, pasó al Escorial, é informando al rey del suceso, logró se suspendiese la ejecución de lo mandado; pero como los enemigos resentidos del real decreto no desistiesen de molestarle, sufrió por espacio de dos años otras muchas contradicciones con admirable paciencia.

En medio de estas tribulaciones fué preciso pasar á Italia á establecer su instituto en varias partes que lo deseaban con vivas ansias, y conduciéndose á Roma, con el favor del cardenal Montalvo, protector de la religión, logró informar al papa Clemente VII de lo mucho que padecía su establecimiento en la corte de Madrid; y condolido su Santidad de semejantes procedimientos, le dió la mas espresiva recomendacion para el rey católico, la que fué capaz de sosegar todas las contradicciones.

Concluidos los negocios que tuvo que tratar con el sumo pontífice, partió á Nápoles, y en el honorífico recibimiento que le hizo toda la ciudad, acreditó muy bien el alto concepto que tenía formado de la eminente virtud del siervo de Dios; quien se aplicó todo el tiempo que se mantuvo en ella á fomentar en su orden los mas activos ejercicios de caridad, para lo cual obtuvo bula especial del papa, á fin de que pudieran ser admitidos sus religiosos en la hermandad ó congregacion de los Blancos, para practicar los piadosos designios de aquel instituto; como lo ejecutaron efectivamente con edificación de todo el pueblo.

Despues que perfeccionó en Nápoles y en otros pueblos de Italia sus establecimientos, volvió tercera vez á España, donde halló vencidas todas las contradicciones que dejó al tiempo que

se ausentó de ella, y trasladados sus religiosos á la casa llamada del Espíritu Santo en la corte; pero habiendo sabido que se trataba castigar los delitos de los falsos impostores, lleno de piedad, se interesó con los jueces para que les perdonasen, acción heroica que redobló el crédito de su gran virtud.

No satisfecho su infatigable zelo con el establecimiento de su religion en Madrid, pasó al mismo fin á la ciudad de Valladolid, donde se hallaba la corte; y concediéndole el rey Felipe II una suma crecidísima para que tuviese efecto su fundacion, se dignó S. M. honrarle con su asistencia en el dia de la dedicacion de su casa al Señor. En seguida intentó Caracciolo la fundacion del colegio de Alcalá de Henares, con el objeto de que estudiasen en aquella célebre universidad sus religiosos, considerando no menos precisa la sabiduría que la virtud para recomendar su instituto; logrólo en efecto, venciendo las muchas dificultades que ocurrieron, con admirables prodigios que obró el Señor por la intercesion de su amado siervo.

No es fácil comprender como un hombre solo sin fondos algunos temporales pudiera emprender tantas fundaciones, atender á tantos negocios, y á tanta multitud de acciones capaces de cansar las fuerzas de muchas y muy robustas personas, siendo él solo el alma y el espíritu de su tierna religion, que multiplicada prodigiosamente, disponia y arreglaba todos sus concertados movimientos; pero lo que mas asombró en la vida de este prodigioso héroe fué la inalterable conformidad de su conducta en tantas contradicciones como padeció, sin que se le oyese jamás la mas mínima espresion de queja ó resentimiento contra sus opositores, tan pobre, tan humilde y tan recogido en medio de las cortes, como en la soledad de su aposento.

En medio de tantas y tan penosas fatigas como le costó la promocion de su instituto, jamás se dispensó en el rigor de sus mortificaciones; su vida era un perpetuo ayuno, el que hacia á pan y agua tres dias á la semana, añadiendo á estos en el adviento, cuaresma y cuarenta dias precedentes á la Asuncion de nuestra Señora, muy sangrientas disciplinas con que despedazaba sus carnes; de continuo llevaba pegado al cuerpo un jubon de cilicio, capaz de crucificarle, observando tan corto descanso por la noche que la mayor parte de ella la pasaba en contemplacion de los misterios de la Pasion y muerte de Jesucristo, sobre los cuales dejó escritas meditaciones para los siete dias de la semana. Estaba tan abrasado en el amor de este santo objeto, que le bastaba poner los ojos en un Crucifijo para salir fuera de sí, justificando muy bien en sus frecuentes trasportes, éstasis y

deliquios, no pocas veces acompañados de admirables resplandores que despedia su rostro, el incendio en que se hallaba abrasado su corazon, en el cual se encontró escrito despues de su muerte, *el zelo de tu casa, Señor, me consumió*; de aquí resultaba aquella caridad sin límites para con los prójimos, por cuya salvacion suspiraba incesantemente, tomando sobre sí rigurosas penitencias, pidiendo limosnas por las calles para socorrer á los pobres, privándose no pocas veces del preciso sustento para mantenerles, brillando su piedad con los enfermos en las casas y hospitales en términos, que le merecieron el renombre de padre consolador de ellos.

Su devocion para con la santísima Virgen, de cuyas glorias fué un propagador perpetuo, era tan fervorosa y tan tierna, que solo con oír el dulce nombre de María, eran sus ojos dos fuentes copiosas de amorosas lágrimas, distinguiéndose tan anticipadamente en él el afecto á la Reina de los ángeles, á quien siempre llamaba mi piadosa Madre, que cuando no pueda decirse que nació con esta devocion, á lo menos se anticipó en ella al uso de la razon; bien acreditado en las espresiones de sus alabanzas antes que supiese hablar perfectamente.

A todo el mérito de la eminente virtud de Caracciolo daba un superior realce su profundísima humildad; tenia de sí formado tan bajo concepto, que quiso firmarse Francisco el Pecador, de que nacia que ocupado su corazon en esta basa fundamental del edificio espiritual, nada le ofendia mas que la estimacion y aplauso que hacian de su persona; lo que era bastante para que se ausentase á distintos lugares, aun cuando se hallase en las mas urgentes ocupaciones, buscando siempre arbitrios para disimular los prodigios que ejecutaba, publicando que era el mas vil y despreciable de todas las criaturas.

Logró en fin que le exonerase su religion del oficio de superior á fuerza de sus repetidas instancias, representando á los padres en un capitulo que deseaba disponerse para morir retirado del mundo: concedido este favor, eligió para su habitacion un hueco de la escalera del convento, donde se ocupaba todo el dia y noche en una oracion continua, en altas contemplaciones y santos ejercicios de penitencia, acreditando Dios su eminente santidad con los dones de profecia, discrecion de espíritus, lágrimas y milagros.

Hallábase gustosísimo el siervo de Dios en su pobre habitacion, logrando en ella de extraordinarios favores celestiales, cuando tuvo aviso de los padres de S. Felipe Neri de Auñon en el reino de Nápoles, que deseaban profesar su religion; ofre-

ciéndole para el establecimiento del instituto en aquella población una nueva iglesia y casa; y comunicando al general esta noticia, le mandó concurrir personalmente á la elección. Obedió Francisco el precepto en el instante, mas al tiempo de entrar en aquella tierra, espresó: *Aquí será mi descanso por los siglos de los siglos.* Recibieronle los dichos padres con las demostraciones mas reverentes, pero les duró poco su gozo, porque acometido á los dos dias de su llegada de una fuerte calentura, le postró en cama con peligro inminente: en esta disposición escribió á los cardenales Gimnasio y Montalvo, encargándoles encarecidamente la proteccion de su religion; y habiendo recibido los santos sacramentos con la mayor ternura y devoción, entregó su espíritu en manos del Criador, á las siete de la tarde el día 4 de junio del año de 1608.

Su cuerpo, que desde el instante que espiró despedía de sí una suavísima fragancia, se mantuvo en el féretro por el curso de tres dias para satisfacer la devoción de las innumerables personas que concurrieron á venerarle; despues de los cuales determinaron abrirle, y se halló ceñido con un áspero cilicio, bajo el que estaba una plancha de hierro tan adherida á la carne, que costó mucho trabajo despegarla, y quedándose los padres de Auñon con el corazon y las entrañas, se hizo la traslación de su cadáver á la iglesia de Santa María la Mayor de la ciudad de Nápoles.

Desde luego quiso el Señor manifestar la santidad de su siervo por medio de no pocos milagros; y justificados plenamente los que obró en vida, y despues de su muerte, con el heroismo de sus virtudes en el proceso informativo, hecho á este efecto, espidió el decreto de su beatificación la santidad de Benedicto XIV, en el día 4 de junio del año de 1769, en el mismo día de su exaltación al trono.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Es de fe que los fieles que mueren en gracia sin haber satisfecho suficientemente en esta vida por las penas debidas á sus culpas, satisfacen por ellas en la otra, padeciendo terribles tormentos en el purgatorio.

Los herejes de estos últimos tiempos, enemigos de la penitencia, no contentos con desterrarla en esta vida, la escluyeron tambien de la otra; y cegándolos el amor á la disolución, tanto del corazon, como de las costumbres, conspiraron en negar el purgatorio contra el testimonio auténtico de la sagrada Escritura y de

la tradición; esto es, no quieren confesar que padezcan penas algunas aquellas almas que pasaron de esta vida á la otra sin estar bastantemente purificadas para entrar desde luego en el cielo. Si creyeran esto, se considerarían obligados á mortificarse, á macerar su carne, á cumplir las penitencias que se les impusiesen; y esto no se componía bien con la licencia á que aspiraban, siendo este el verdadero origen de todos sus errores. En medio de eso es cierto que no hay punto mejor establecido ni mas claramente demostrado, así en la Escritura como en la tradición.

Es cosa santa y saludable rogar á Dios por los difuntos para que sean libres de sus pecados, dice el Espíritu Santo en el segundo libro de los Macabeos. *Hay algunos pecados,* dice Cristo, *que no se perdonan en este mundo ni en el otro;* lo que no diría, glosa S. Agustin, si muchos no se perdonáran en el otro. Es cierto que no se perdonan en el cielo, donde no entra cosa manchada; tampoco se perdonan en el infierno, de donde está desterrado todo perdon y toda misericordia; con que es preciso que solo en el purgatorio se perdonen. S. Pablo dice, *que algunos fieles no se salvarán hasta que pasen por el fuego;* y san Agustin, S. Cipriano, S. Ambrosio, S. Jerónimo, y hasta el mismo Origenes entienden este tránsito por el fuego del purgatorio. Gran dolor es que haya hombres tan preocupados del error que se resistan á reconocer esta verdad.

Tampoco se puede poner en duda la tradición del purgatorio; porque esta es, y esta fué siempre la doctrina de todas las iglesias del mundo desde Jesucristo acá. Hace evidencia de este punto el testimonio auténtico de los santos Padres que florecieron en todos los siglos, por el cual no solo consta cual fué la fe de la Iglesia en todos tiempos sobre este artículo, sino tambien cual fué en todos los siglos su ardiente caridad y su zelo por el alivio de los fieles difuntos.

S. Gregorio Nazianceno, doctor de la Iglesia, que vivió al principio del cuarto siglo, en el discurso sobre *las santas luminarias,* dice: Ningun hombre hay tan virtuoso, tan puro ni tan santo en este mundo, que acaso no necesite purificarse en el otro por el fuego: *In altero awo igne fortasse baptizabuntur.*

S. Juan Crisóstomo, una de las mas resplandecientes antorchas de la Iglesia, que floreció hácia la mitad del mismo siglo, en la homilia 21 sobre los Actos de los Apóstoles, dice: No penseis que son inútiles las oraciones, las limosnas ni las ofrendas que se hacen á Dios por los difuntos: *Non frustra oblationes pro defunctis, non frustra preces, non frustra ele-*